

las perchas ó postes con que se miden los ángulos, y pedimos por tanto que los oficiales que con este objeto desembarquen por nadie sean molestados.

» Las negociaciones serán mas fáciles si las cuestiones y las contestaciones á que diesen origen se consignan por escrito. — M. C. PERRY. »

Al tiempo de enviar esta nota, remitió el comodoro al príncipe Hagaschi una carta bastante larga, que habia escrito el 10 de mayo á bordo del *Powhattan*, y en la cual exponia minuciosamente todos los argumentos que debian mover al gobierno del Japon á seguir el ejemplo de la China y concluir un tratado con los Estados Unidos. « Los Chinos, decia, han conseguido grandes ventajas con este tratado... Cerca de 30,000 súbditos del emperador han visitado la América, en donde han encontrado buena acogida, y nuestras leyes les han permitido dedicarse al tráfico que mas les acomode, erigir templos y practicar libremente su religion. Todos han adquirido dinero, y algunos, despues de una corta ausencia, han vuelto á la China con capitales que varían desde 300 á 40,000 taels (1)... Yo, á decir verdad, no osaré volver á los Estados Unidos sin llevar una contestacion satisfactoria á todas las proposiciones del presidente, y debo permanecer aquí mientras no reciba dicha contestacion. » La doble amenaza de una permanencia prolongada en las aguas del Japon y el arribo de otra escuadra fué para los negociadores japoneses como una doble espada de Damócles, suspendida sobre su cabeza, y el comodoro no se engañaba al juzgar que no podia emplear un medio mas á propósito para mover á una composicion al gabinete de Yedo.

El día 13 de marzo se empleó en desembarcar los presentes que el presidente de los Estados enviaba al emperador del Japon. Habíase puesto mucho cuidado en la eleccion de ellos, considerando como esencial el que hiriesen vivamente la imaginacion y la inteligencia de los Japoneses, pues los regalos diplomáticos destinados á la corte de Yedo no debían ser como los que en la vieja Europa sirven para entretener de vez en cuando la amistad de los soberanos. Había entre dichos presentes una caja de armas, algunos relojes, un telescopio, balanzas, frascos de licor, botellas de wiskey y de marrasquino, cestas de vino de Champaña, fabricado quizá en los Estados Unidos, cajas de jabon y otros muchos géneros de pacotilla de que se habia echado mano para aumentar el número de los objetos que se ponían de muestra; pero lo que mas poderosamente debia llamar la atencion de los Japoneses era una coleccion completa de utensilios ó instrumentos de agricultura, un aparato telegráfico y un camino de hierro con una locomotora y un tender. Los Americanos colocaron los hilos del telégrafo entre el pabellon de las conferencias y otro edificio distante de él cerca de dos kilómetros. ¡Júzguese cuál sería el asombro de los Japoneses cuando vieron funcionar los aparatos y que sus mensajes iban de un punto á otro con la celeridad del pensamiento! Al mismo tiempo, se colocaron los rails, que formaban una via circular, por la cual corrió la pequeña locomotora, á todo vapor, con una celeridad de 30 kilómetros por hora. Los Japoneses estuvieron agolpados llenos de curiosidad al rededor del telégrafo y de la locomotora hasta el momento de partir la escuadra. Todos querían enviar despachos, y solicitaban un lugar en el carro enganchado en el tender.

Los Americanos habian acertado en la eleccion de los regalos, pues con su exposicion industrial dejaron admirado y atónito á un pueblo que por tradicion ó por orgullo está poco dispuesto á admirar las cosas de los extranjeros, y cuya desconfianza parece hacerle inaccesible á la sorpresa.

El comodoro habia obtenido autorizacion para que los estados mayores de la escuadra hiciesen algunas

(1) Cada tael equivale á tres francos poco mas ó ménos.

excursiones por tierra, de lo cual se aprovecharon los oficiales para ver varias poblaciones pequeñas, y en todas partes fueron benévolutamente acogidos; porque en el Japon, así como en la China, la aversion á los extranjeros, que se atribuye á las clases del pueblo, no existe sino en la imaginacion ó mas bien en la política de los gobiernos, obstinados en rechazar toda influencia extranjera, y sobre todo en no tener relaciones con los Europeos. Si los Japoneses se mostraron reservados, si no quisieron responder á las preguntas que les hacían, la causa de su extremada reserva no era otra que las órdenes rigurosas de sus autoridades.

El 16 de marzo contestaron los plenipotenciarios á las comunicaciones por escrito del comodoro, fecha del 8 y del 11, sobre la conclusion de un tratado análogo al celebrado con los Chinos.

« En nuestra carta, decían, se os ha manifestado claramente que nuestro emperador acaba de ocupar el trono; que tiene muchos asuntos que arreglar, y que no le queda tiempo para ocuparse en negociaciones con los extranjeros. Este fué el motivo de que en el otoño último rogáramos al superintendente del convenio holandés que os diera á conocer semejantes acontecimientos, á fin de que pudiérais comunicarlos á los Estados Unidos. »

» Entre los puntos cuya adopcion nos proponéis, hay dos que nos parecen muy fundados y que deberán concederse sin dificultad. Acordáremos por una parte que sean asistidos y protegidos los buques naufragos, ó arrojados á nuestras costas, y suministraremos por otra el carbon y los víveres necesarios á los buques que vengan á proveerse en nuestros puertos; mas lo de tener un comercio tal como el que hoy hace vuestro país con la China, es cosa en que no podemos consentir por ahora. Las costumbres y los sentimientos de nuestra poblacion en nada se parecen á las de otras naciones, y será difícil en extremo que en esto se modifiquen nuestros hábitos antiguos. Los Chinos tienen hace mucho tiempo relaciones con los países de Occidente; pero nosotros jamas hemos tenido relaciones mercantiles sino con los Chinos y Holandeses, solamente en el puerto de Nangasaki. Jamas hemos pensado siquiera en traficar con otro país, de donde resulta que nuestras operaciones de cambio hayan estado siempre reducidas á muy estrechos límites.

» Por esta razon los buques americanos deben comenzar las transacciones en Nangasaki, á contar desde el primer mes del año próximo. En este puerto hallarán carbon, leña, agua, aceite y otros artículos; mas como nuestros sentimientos y manera de proceder son tan diferentes, y como no tenemos unas mismas ideas sobre el precio y valor de los objetos, es indispensable que por cierto tiempo nos observemos mutuamente: despues, pasado un plazo de cinco años, podremos abrir otro puerto al comercio, lo cual será una ventaja para vuestra marina. Nosotros conservaremos un ejemplar de vuestro proyecto de tratado y otro del que os remitimos, como documentos en que quedan consignadas las miras de ambas partes. »

Á esta nota, que reproducia pura y simplemente casi en los mismos términos la primera contestacion á la carta del presidente, iban anejas siete proposiciones que debían servir de base á las negociaciones futuras. El siguiente día, 17 de marzo, tuvo el comodoro una nueva entrevista con los plenipotenciarios, é insistió en la necesidad de ensanchar el terreno de los debates. Declaró que no aceptaría para los Americanos el puerto de Nangasaki, donde hacia mucho tiempo que las autoridades se hallaban acostumbradas á tratar con desprecio á los Holandeses; pidió que inmediatamente, ó dentro de un plazo muy breve, quedasen abiertos á los buques americanos tres puertos lo ménos, y añadió que á ningun precio aceptaría para sus compatriotas las humillantes condiciones

que se habian sometido los Chinos y los Holandeses, por conservar el derecho de hacer con el Japon un tráfico de poquísima importancia. En la narracion americana se cuenta circunstanciadamente y con muestras de complacencia la lucha que hubo muy animada, al parecer, entre el comodoro y los principales Japoneses. Á cada proposicion se presentaba una objecion insuperable. Se indicaba un puerto que no fuese el de Nangasaki, y los príncipes ponían el grito en el cielo, como si el Japon estuviera amenazado de algun peligro. El comodoro insistía; alegaba muy buenas razones, y por conclusion les presentaba el espectáculo de la segunda escuadra que debían enviar los Estados Unidos; argumento supremo y siempre decisivo. Los príncipes pedían tiempo para deliberar sobre tan grave asunto; se retiraban á su gabinete, y pasados algunos momentos, se presentaban á anunciar su derrota: era esto una excelente comedia en muchos actos, representada por los diplomáticos japoneses hasta el desenlace con imperturbable gravedad, y en la cual parecía como que en cada escena se dejaban arrancar por la violencia las concesiones que ya habian resuelto hacer, bien que temiéndolo por un sacrificio.

El 24 se invitó al comodoro á saltar en tierra para recibir los presentes que el emperador y los principales dignatarios hacían al presidente y á la embajada. El pabellon de Yoku-Kama se habia convertido en un bazar. La sederia, los efectos de laca y la porcelana eran lo principal en esta exposicion, y probaban una habilidad extraordinaria en el trabajo, de lo cual puede formarse idea por las varias colecciones traídas á Europa, y principalmente por la que se conserva en el Haya. Todos los regalos estaban colocados en orden y distribuidos en grupos segun las personas á quienes estaban destinados. Entre los elegidos para el comodoro, llamaban la atencion dos colecciones completas de monedas del Japon; las cuales habia remitido separadamente y con cierto misterio el príncipe Hagaschi como prueba extraordinaria de amistad y confianza, porque las leyes del imperio prohibían absolutamente la exportacion del numerario. Completaban la lista de los regalos doscientos sacos de arroz, trescientos pollos y cuatro perros. Parece, segun los informes que se tomaron, que el arroz y los perros figuran siempre entre los regalos de la munificencia del emperador.

Mientras el comodoro y los oficiales se entretenían en examinar los regalos, entraron estrepitosamente en la sala veinticinco individuos. Eran unos Japoneses de estatura muy elevada; muy gordos y muy feos y casi desnudos. Sus ojos, su cuello y hasta las formas de sus miembros quedaban ocultos con su gordura, al traves de la cual se percibia, sin embargo, la vivacion de los músculos. No comprendiendo los Americanos lo que significaba aquella súbita aparicion, se les hizo entender que aquellos eran los mas famosos luchadores del Japon; donde los altos dignatarios tienen cierto número de ellos agregados á su persona, y consideran como una gloria el poseer á los hércules mas forzudos. ¿Nuestros reyes no tuvieron en otro tiempo sus bufones? Los luchadores japoneses usan de ordinario un rico traje, donde están bordadas las armas de sus señores; mas cuando hacen sus ejercicios, no llevan mas que un ligero cinturón al rededor de los riñones, con lo cual pueden hacer alarde de su vigorosa deformidad. El comodoro fué invitado por los Japoneses á que entrara con ellos en la sala de conferencias que ya estaba dispuesta para un espectáculo. Presentáronse sucesivamente los luchadores dos á dos, y emprendieron un combate encarnizado. Los unos se daban tremendas puñadas que les hacían derramar caños de sangre, y los otros, semejantes á toros enfurecidos, se embestaban con la cabeza baja y chocaban con toda su fuerza. Horrorizaba el ver aquello, pero los Japoneses contemplaban con orgullo,

á lo que parecía, las feroces hazañas de aquellas inmundas criaturas. Despues de cada una de las luchas, tocaba la música de la escuadra en celebracion del vencedor. Este episodio, que el narrador americano cuenta minuciosamente, nos presenta bajo mal aspecto á aquellos príncipes japoneses, cuya actitud, reservada hasta entónces, así como lo distinguido de sus modales, daban á entender que eran hombres de mejor gusto. Terminados aquellos ejercicios, mandó el comodoro proceder á la entrega oficial de los regalos del gobierno de los Estados Unidos, y los príncipes examinaron de nuevo el telégrafo, el camino de hierro y los instrumentos agrícolas que desde el primer día eran objeto de la curiosidad de la multitud. En fin, para concluir dignamente tan gloriosa jornada, se dió á los Japoneses el espectáculo de una parada, y un destacamento de soldados de marina hizo numerosas evoluciones, que merecieron los cumplimientos de los delegados de Yedo.

El 27 de marzo convidó el comodoro á los plenipotenciarios y á su comitiva á una fiesta que daba á bordo. El *Powhattan* estaba empavesado para estas circunstancias solemnes, en que por primera vez, quizá, aceptaban la hospitalidad á bordo de un buque extranjero los príncipes japoneses, consejeros del emperador.

Hubo bastante alegría de una y otra parte durante la comida. Hayaschi conservó la gravedad de su empleo, y no hizo mas que probar de todos los platos, como si tratase de estudiar el arte culinario de los Americanos; pero sus colegas no hicieron lo mismo, pues bebieron y comieron abundantemente, con gran satisfaccion de sus huéspedes. Los frascos de licor, y particularmente los de marrasquino, quedaron muy pronto vacíos. Los Japoneses mostraron tambien estimar en mucho el vino de Champagne. El plenipotenciario Matsusaki, que manifestó una inclinacion decidida á las ideas europeas, y se declaró francamente amigo de los vinos extranjeros, llegó al grado de alegría que inspira ideas de ternura, y despues de haber bebido muchas veces á la salud de los Estados Unidos y del Japon, concluyó por abrazar al bravo comodoro. La escena que pasaba entretanto en el puente no era ménos pintoresca. Revelábase allí la cordial armonía que entre todos reinaba por el apetito con que comían y por un concierto de ruidosas exclamaciones que se confundían con los armoniosos sonidos de la música del comodoro. Al levantarse de la mesa fué cosa muy divertida el ver que los convidados sacaron de sus bolsillos grandes hojas de papel en que envolvieron los restos del festín. La mesa fué puesta á saco, y segun parece, está admitido por las costumbres del país el llevarse los convidados lo que no pueden comerse. Los Japoneses, como hombres prevenidos, llevan siempre sus bolsillos, que son bien grandes, llenos de papel de diferentes clases, que les sirve de pañuelo, para tomar notas y para envolver lo que sobra en los platos. Los Americanos se divirtieron mucho con las maniobras de sus glotonos huéspedes, que se despidieron de ellos en el mas feliz estado que puede imaginarse, llevando al salir del *Powhattan* gratuitos recuerdos, y la halagüeña idea de estar convidados para el día siguiente. En medio de tantas fiestas, en que iba creciendo la intimidad, no perdía de vista el comodoro el objeto de su mision. No bastaba designar los puertos en donde en lo sucesivo debia admitirse el pabellon de los Estados Unidos, pues ademas era necesario decidir si los ciudadanos americanos podían tener en el Japon una residencia permanente; si podían pasearse por el campo; si el gobierno anglo-americano establecería agentes consulares, y si el tratado se ejecutaría inmediatamente ó pasado algun plazo. Cada uno de dichos puntos dió lugar á una discusion obstinada; los plenipotenciarios se defendieron bien de las pretensiones del comodoro, y consiguieron al fin restringir cuanto les fué posible

las concesiones que sucesivamente les fueron arrancadas. El tratado conocido con el nombre de *Tratado de Kanagawa* se firmó en 31 de marzo en el pabellón de conferencias, y la ceremonia terminó con un festín.

Según dicho tratado, quedaron abiertos á los buques de los Estados Unidos los puertos de Simoda y Hakodade, y los Americanos autorizados para proveerse en ellos de leña, agua, carbon y los demas artículos de que tengan necesidad. Estipuláronse garantías para los naufragos. Los súbditos de los Estados Unidos que temporalmente residen en dichos puertos no están sujetos á las mismas restricciones que los Holandeses y los Chinos en Nangasaki, y tienen facultad para circular á una distancia determinada. Pueden cambiar sus mercancías, conformándose con los reglamentos del país, y teniendo por intermediarios en estas operaciones á empleados japoneses. El gobierno de los Estados Unidos quedó autorizado para establecer un consulado en Simoda, y obtuvo, en cuanto á lo demas la seguridad de ser tratado como la nacion mas favorecida.

Se ve, pues, que las facilidades comerciales obtenidas por los Estados Unidos estaban reducidas á bien poco, y que no eran suficientes para abrir los mercados del Japon. El comodoro, aunque se tenia por afortunado solo con haber conseguido que el gabinete

de Yedo firmase un compromiso diplomático, sabia demasiado bien que el resultado de las negociaciones no correspondia á lo que esperaba el pueblo americano. Figurábase en New-York que las murallas del Japon vendrian á tierra como por encanto á la voz de los Estados Unidos, y que en caso de resistencia tardarian poco los cañones de la escuadra en abrir una brecha: hasta se hacia burla de falta de ánimo ó de habilidad de los Ingleses y los Rusos, que no habian logrado aun abrirse camino hácia Yedo, y se felicitaban de antemano los demócratas *yankees* por la conquista que la civilizacion iba á hacer bajo su bandera. El comodoro, en quien se hallaban unidas la audacia y la resolucion propias de su raza con la serenidad que hace prever la responsabilidad, comprendia bien que los valientes de New-York podian quedar algo desalentados; mas él habia cumplido su deber y realizado el principal objeto de su embajada. El 4 de abril remitió á Washington el tratado de 31 de marzo: el 12, despues de hacer que maniobrara la escuadra casi á la vista de la capital, salió de la bahía; visitó los puertos de Simoda y Hakodade; volvió á Simoda el 7 de junio; conferenció de nuevo con los plenipotenciarios sobre la ejecucion del tratado, y por último, se alejó definitivamente de las playas del Japon. "

C. LAVALLÉE.

FIN DEL TOMO SEXTO Y DE LAS ACLARACIONES AL LIBRO DÉCIMOCTAVO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO SEXTO

LIBRO XVII.		LIBRO XVIII.	
CAPÍTULO	PÁG.	CAPÍTULO	PÁG.
I. Consecuencias de la paz de Utrecht. — Felipe V.	1	I. Asamblea Nacional.	404
II. Francia. — La Regencia.	7	II. Mirabeau y Barnayé. — Primera Constitucion.	416
III. El imperio. — Carlos VI.	16	III. Asamblea legislativa. — Política exterior. — La Convencion.	427
IV. Prusia. — Guerra de sucesion austriaca. — Paz de Aquisgran.	18	IV. El Terror. — La Vendée. — Constitucion del año III.	438
V. Federico II. — Guerra de los Siete Años.	25	V. El Directorio. — El Comunismo. — Buonaparte. — Campaña de Italia.	453
VI. Interior de la Francia. — Córcega. — Luis XV.	34	VI. Sucesos posteriores á la paz de Campoformio. — Expedicion á Egipto.	465
VII. Costumbres.	42	VII. Desastres. — Caída del Directorio.	472
VIII. Literatura filosófica.	47	VIII. El Consulado. — Paz de Luneville.	481
IX. Ciencias sociales. — Filantropía. — Mejoras.	78	IX. El cónsul reparador. — Código. — Concordato. — Paz de Amiens.	488
X. Supresion de los Jesuitas.	91	X. Desde la paz de Amiens á la de Presburgo.	499
XI. Turquía y Persia.	102	XI. Desde la paz de Presburgo á la de Tilsit.	509
XII. Rusia.	109	XII. Despotismo imperial. — Guerra de España. — Batalla de Wagram.	514
XIII. Polonia.	114	XIII. Reaccion en la opinion. — Luchas religiosas.	525
XIV. Turquía. — Catalina II.	122	XIV. Expedicion á Rusia. — Los aliados en Francia.	535
XV. Suecia.	131	XV. Italia. — Vuelta de Napoleon.	548
XVI. Dinamarca.	133	XVI. Tratado de Viena.	563
XVII. Gran Bretaña. — Era de los Jorges.	136	XVII. Los Negros. — Los Berberiscos.	573
XVIII. Colonias Anglo-Americanas.	142	XVIII. Los papas. — Negocios religiosos.	579
XIX. La India.	160	XIX. El liberalismo. — Carbonarios. — Constituciones.	590
XX. Interior de Inglaterra. — Literatura.	176	XX. Turquía y Grecia.	613
XXI. El imperio. — Maria Teresa. — José II.	187	XXI. América. — Las colonias.	631
XXII. Espiritu y literatura en Alemania.	199	XXII. Francia. — La Restauracion.	650
XXIII. Filosofia.	207	XXIII. Revoluciones de 1830.	660
XXIV. España.	217	XXIV. Interior de la Francia. — Los protocolos.	670
XXV. Portugal.	224	XXV. Países meridionales.	680
XXVI. Estados Generales.	227	XXVI. Rusia.	690
XXVII. Confederacion Helvética.	230	XXVII. Alemania.	700
XXVIII. Italia.	233	XXVIII. Suiza.	710
XXIX. La Reforma.	241	XXIX. Escandinavia.	715
XXX. Italia. — Últimos sucesos.	264	XXX. Imperio británico.	719
XXXI. Literatura italiana.	274	XXXI. Colonias inglesas. — India. — China. — Mas sobre Inglaterra.	739
XXXII. Erudicion. — Antigüedades. — Numismática.	289	XXXII. Negocios de Oriente.	753
XXXIII. Bellas artes.	294	XXXIII. Esperanzas y aplausos.	764
XXXIV. Música y Pantomima.	301	XXXIV. Revolucion francesa. — Las insurrecciones.	771
XXXV. Ciencias.	305	XXXV. Desastres de Italia.	778
XXXVI. Luis XVI.	326	XXXVI. Austria. — Alemania.	790
XXXVII. Preludios de la Revolucion.	337		

ACLARACIONES AL LIBRO XVII.	
(A) Costumbres del tiempo de la Regencia.	364
(B) Los Corsos.	370
(C) De la literatura francesa.	375
(D) Declaracion de los derechos de los Americanos.	400
(E) Carta de César Beccaria al abate Morellet.	401